

JUICIO GANADO

Todos los años, al terminar el colegio, mi padre me llevaba a la pequeña aldea en el Pirineo aragonés en donde él había nacido. Allí vivía su hermana, Tona, con su marido y sus ocho hijos y unos 50 vecinos más, y allí me quedaba durante todo el verano. Tona sentía un especial cariño por su hermano mayor y por supuesto por mí, que a todas vistas era su sobrino preferido, y como quiera que lo demostraba a cada momento yo también lo sentía por ella.

La aldea está enclavada en un altozano rocoso, con el valle a sus pies, el cementerio justo enfrente en mitad de la ladera de un monte, a un lado la enorme sierra cubierta de pinos carrascos con la ermita en su cima, la fuente de agua fresca que tantas meriendas nos vio disfrutar y entre todo eso y la aldea estaba el río con pequeño puente de piedra por el que cuando había tormenta pasaba el agua por encima, con lo cual nos dejaba aislados. Una vez, decían los mas viejos, estaba Carmelo cruzando con dos caballerías y vino una riada y se lo llevó a él y a las dos caballerías.

Las casas formaban una especie de herradura, no cerrada por supuesto, con un núcleo central de tres casas, desde cuya esquina, denominada "Cantón", se dominaba todo el paisaje que hacía que el pueblo fuera tan entrañable. No tenía Iglesia, ni castillo, no había tienda, ni bar, ni salón de reuniones; no había nada que pudiera llamar la atención de los turistas. Sólo llamaba la atención de los que teníamos raíces desde generaciones y generaciones. Hay tanta historia en ese pequeño trozo de roca...

El verano de 1952 mi padre decidió cerrar el despacho durante quince días y disfrutar con la familia de los placeres de la sierra, los paseos por los campos, las comidas en la fuente a la sombra de los pinos, la siestas después de comer, las placenteras charlas a la luz de la luna sentados en el "Cantón", lugar en donde nos encontrábamos todos, chicos y grandes: los chicos a jugar, los grandes a contar las anécdotas del día. Cuando

los chicos peleábamos, que era casi todos los días, mi padre ponía orden preguntando por la cuestión de la discordia. La chiquillería contábamos cada uno nuestra versión, que casi nunca coincidía y él siempre terminaba dando la razón a uno de nosotros con la frase “juicio ganado, te has salido con la tuya”.

Los chicos sentíamos adoración por las abuelas mas mayores del pueblo, la Tía Dominica y la siñá Rosinda. Eran las que más nos entretenían con sus historias tenebrosas de antepasados, por supuesto inventadas. Nos cantaba canciones de otros tiempos que hablaban de muertos que salían de sus tumbas y subían a hacer visitas a los habitantes del pueblo en las noches de luna llena, nosotros la escuchábamos sobrecogidos y hasta nos parecía ver como unas luces verdosas titilantes salían de lo que, en la oscuridad de la noche, se adivinaban los muros del cementerio, y subían serpenteando hasta el pueblo. En esos momentos todos los chiquillos nos arremolinábamos en sus faldas y ella nos acogía con dulzura.

La canción por antonomasia era la “Loa al dos de mayo”:

Dos de mayo, dos de mayo / y también la primavera / cuando los quintos se van / soldados para la guerra. / Unos ríen otros cantan / otros celebran la fiesta / menos un pobre soldado / que está lleno de tristeza. / Ya viene su capitán / y pregunta ¿por quién lloras? / es por padre o es por madre / o es por temor a la guerra. / No es por padre ni es por madre / ni es por temor a la guerra / he dejado a mi esposa / entre cuñadas y suegra. / Anda cógete el caballo / y vete corriendo a verla / no la vayas a perder / por esas lejanas tierras. /

... ..

Al llegar al camposanto / una sombra negra vi / mi caballo se asustó / todo me atemorizó. / Dónde vas pobre soldado / por estas lejanas tierras. / Voy en busca de mi esposa / que hace tiempo la dejara. / Tu esposa ya está muerta / la sombra tienes aquí. /

Si tu fueras mi esposa / me besarías a mi. / Labios con que te besara / ya no los tengo aquí / que me los pidió la tierra / y a la tierra se los di.

(Se suponía que era un mozo del pueblo que había ido a la guerra y en el tiempo que estuvo fuera murió su esposa y al volver al pueblo y pasar por el camino del cementerio, le salió al paso su espíritu)

Las luces que titilaban, por el camino que subía del cementerio, era el farol que portaba el pastor, quién después de encerrar su ganado se iba al bar del pueblo de abajo y se «calentaba» con unos cuantos carajillos, tanto se calentaba que luego no encontraba el camino recto y subía por la senda de un lado para otro. Claro que eso no nos lo podían decir a nosotros, éramos muy críos, y nos sobrecogían con esas historias para que no intentáramos salirle al encuentro y gastarle alguna chiquillada, evitando así a la vez que nos ocurriera algún percance, ya que el camino hacia el valle era escabroso.

*** **

Una tarde calurosa de finales de agosto el pueblo entero despertó del letargo de la siesta con un sobresalto, la Guardia Civil rondaba por el pueblo y no se sabía lo que había pasado. Un vecino vino a llamar a mi padre con premura: “Tomás, ven enseguida, Antonio ha matado a Herminio Cardona”. Se hizo un silencio sepulcral. El muerto era familia de mi padre; el matador también. Allí acabó la placidez de aquel verano y de muchos otros veranos más a lo largo de la vida de ese pueblo. Por supuesto que por más oreja que hicimos la chiquillería no nos pudimos enterar de nada.

Con el tiempo supe de lo ocurrido aquél día y de porqué mi padre había abandonado la profesión y se había ido hundiendo día a día; porqué ya no volvíamos a bajar todos al Cantón y si bajábamos no había la misma camaradería. Un día, cuando ya había

contraído la enfermedad que le llevó a la tumba -yo pasaba muchas horas del día con él, en su habitación-, quiso quitarse el peso que había llevado encima durante tantos años y me contó la historia.

Los hermanos Pedro y Herminio Cardona y su primo Antonio descendían de una misma familia: el abuelo era el patriarca y al morir dividió su hacienda entre sus dos hijos, delimitando la tierra de cada uno de ellos a uno y otro lado de la balsa de agua con la que regaban toda la tierra de su heredad, con lo cual, las dos familias tenían acceso al agua de la misma. Así fue durante muchos años, pero con el tiempo fue decreciendo el caudal del manantial, al final del verano la balsa iba bajando de nivel y eso producía constantes enfrentamientos entre las dos familias. Mientras había agua de sobras no pasaba nada, en cuanto llegaba el final del verano siempre volvía la trifulca, incluso las amenazas, y algún que otro encontronazo. Y así año tras año.

Aquél día los hermanos Cardona habían ido al campo a trabajar y se habían encontrado con Antonio que estaba regando. Comenzaron con los insultos y amenazas de costumbre hasta que Herminio cogió la guadaña con la que iba a dallar la alfalfa y se abalanzó sobre Antonio diciéndole que le iba a matar. Antonio retrocedió al adivinar un nuevo ataque de los hermanos, sin pensar que pudiera pasar nada más que la simple disputa de costumbre y envalentonándose cogió la azada, con la que se ayudaba para dar y cortar el agua en los caballones del huerto, y asestó un golpe para defenderse o parar el golpe que por la forma en que se desarrollaba la disputa veía inminente, mientras Pedro cogía una garrocha, para acompañar a su hermano en la contienda, y se dirigió como un caballo desbocado, ciego de ira hacia Antonio. Miró a su hermano y luego miró a Antonio, estaba como hipnotizado sin

acertar a comprender lo que había pasado: ambos se quedaron paralizados por el pánico al ver el cuerpo de Herminio, inmóvil en el suelo, sangrando por el vientre.

Antonio reaccionó primero, echando a correr hacia el pueblo para pedir ayuda horrorizado por lo que había pasado. Pedro se quedó para intentar ayudar a su hermano pero fue inútil, Herminio estaba tocado de muerte. El golpe de azada, dado con la fuerza de un labrador, le había partido el hígado por la mitad y entre estertores le pedía a su hermano venganza. Murió prácticamente en el acto.

Cuando Antonio llegó al pueblo lo primero que hizo fue ir a su casa y contar a su mujer e hija lo que había pasado, su mujer le convenció de que debía entregarse a la Guardia Civil, que sería mejor que esconderse o huir, fue a buscar al Juez de Paz a contarle lo que había sucedido, lo demás sucedió todo como en una ráfaga. La Guardia Civil, el Médico, el Alcalde y todo el pueblo en general acudieron al sitio de los hechos a ver lo que había pasado.

Yo me enteré cuando la familia de Herminio fueron a buscarme, no como familia que era de las dos partes sino como Abogado, para que me hiciera cargo de todos los asuntos que pudieran surgir y les ayudara en todos los papeleos que se suponían difíciles. Aunque no había ninguna experiencia parecida en todos los alrededores, sabían que era algo muy gordo y que ellos no los iban a resolver por sí solos, a más de la sed de venganza que emanaba de sus personas.

Antonio se entregó sin oponer ningún tipo de resistencia, ya que él estaba convencido de que todo el pueblo sabía lo que pasaba; habían presenciado constantemente los roces que había entre ellos, insultos y amenazas incluidas, se pondrían de su parte y se vería que había sido en defensa propia, y todo quedaría aclarado.

El día que se celebró el Juicio entré en la sala de la Audiencia Provincial pasando por entre medio prácticamente del total de los vecinos del pueblo. Me pareció entonces que la toga pesaba mucho más que en cualquier otra ocasión, las manos me sudaban, tenía una tremenda jaqueca y me sentía mal. No podía con el peso de mi alma pero estaba dispuesto a cumplir con mi obligación y defender a mi cliente, a la vez que primo, y pedir la pena de cárcel para su contrario y también primo. Yo no sabía muy bien quién insultaba a quien cuando comenzaban las disputas, lo único que sabía era que un hombre había muerto y allí estaba su matador, para el cual no podía haber perdón.

El juicio se desarrolló, como todos los juicios, por los derroteros normales. Como cualquier otro de las mismas características, pero a mi me parecía que todo el mundo estaba pendiente de mi comparecencia, de que yo en última instancia pudiera decantarme por Antonio, no entendían por qué yo no le defendía, en vez de acusarle. A pesar de las declaraciones de varios testigos, en las que todos coincidían en decir que eran los hermanos Cardona quien siempre iniciaban las disputas, no se podía hacer mucho por el pobre Antonio. Recuerdo la declaración de Álvaro que a la pregunta de Su Señoría de “no es mas cierto que usted en cierta ocasión oyó decir a Herminio ‘ixe cabrón de Antonio me las tiene que pagar, le vi a pegar dos tiros en a nuca u lo vi a estozolar, no va a quedar de su familia ni os mocetes de teta’ a lo que el interpelado contestó ‘i oído ixo y muito más, si lo puedo icir...’ ”.

Al salir de la Audiencia di un apretón de manos a Pedro Cardona y le dije “juicio ganado” (te has salido con la tuya). No volví a tener más relación con la familia del muerto ni con la del matador, pero siempre ha pesado sobre mí la sensación de que los hermanos Cardona, aún a costa de la vida de uno de ellos se habían salido con la suya, y yo les había ayudado.

Todos estábamos a favor de Antonio, incluido yo que tenía que pedir la cárcel para él, pero no había salida, había matado a un hombre y tenía que pagar por ello.

Fue condenado a la cárcel y allí estaba cuando murió su mujer (dicen que se dejó morir de pena), y también cuando se casó su única hija, y cuando tuvo el primer nieta. Hasta que ya no puedo resistir tanta pena. El día 2 de diciembre de 1967, Antonio se quitó sus pantalones y los ató con fuerza, con la misma fuerza que empuñó la azada el fatídico día, alrededor de su cabeza tapando fuertemente su nariz y su boca, y así quedó largo en su camastro hasta que murió por asfixia. Dejó una carta para mí en la que me decía que había echado en falta mis visitas en la cárcel pero que me entendía, no obstante entendía que ellos habían venido a por mí y yo había cumplido con mi obligación, que no me sintiera culpable que él me había perdonado y seguro que su mujer también. En ese momento decidí que no quería seguir defendiendo a nadie, fuera culpable o no.

*** **

Mi padre murió a los tres años de la muerte de Antonio y Tona cinco años más tarde. Me habían dejado los dos seres que más quería en esta vida, mis dos cómplices, y ya no tenía con quien contar cuando tenía una pena o una alegría. Ya no había vacaciones en mi pueblo; ni charlas, ni canciones, ni cuentos, ni alegría en el Cantón.

La pena llegó, por supuesto. Desde que mi padre murió yo pensaba que moriría muy pronto, detrás de él, y allí estaba. Me diagnosticaron un carcinoma cerebral, había que extirpar pero no daban ninguna seguridad; ni tan siquiera de salir con vida del quirófano. Se preparó todo para intervenir rápidamente y después de prepararme tanto física como mentalmente y dejarme despedir de familia y amigos que me acompañaron hasta la puerta, me metieron al quirófano.

Cuando entré a la sala de operaciones y vi todo el aparato que se montaba alrededor de un intervención quirúrgica me asuste, y mirando fijamente al gran círculo central tan luminoso, cerré los ojos y comencé a despedirme in mente de toda mi familia, el último momento antes de dormirme lo quería destinar a despedirme de mis dos cómplices; mi padre y Tona.

¿Me había dormido, o me había muerto? ¿Estaba soñando, o simplemente habían venido a verme y me había quedado con su imagen? No sabía lo que pasaba pero allí estaban ellos, los dos juntos, mi padre aparecía en un plano más lejano y Tona en un plano más cercano, Antonio estaba mucho más lejos que ellos, pero también estaba. Más lejos estaba el “Cantón” con todos charlando, la Tía Dominica, la Siñá Rosinda, «lola» Lucía y «lolo» Tomás, de fondo escuchaba *Dos de mayo, dos de mayo...* Y yo allí, mirándoles y hablándoles, o creía que les hablaba, pero no me contestaban, es más parecía que no me quisieran ver, que me ignoraban a posta. Yo extendía mis brazos les llamaba, lloraba, les pedía que me abrazaran, que me escucharan que quería estar con ellos y asistía a su conversación sin entender porqué ninguno de los dos me veía o lo que era peor no me querían ver. Me veía a mí mismo, pequeño e insignificante, como si no estuviera allí, pero yo me veía, sabía que estaba. Entonces ¿qué era lo que estaba pasando? Era doloroso verles allí y no poderles dar un beso, tocarlos, hablar con ellos, decirles que estaba en una mesa de operaciones que me iba a morir y que me quería despedir de ellos, que les quería. Lloraba amargamente, intentando que me hicieran caso, no servía de nada, no entendía nada y me dejaban llorar, mis lágrimas no les ablandaban. Me pareció entender que decía Tona a mi padre “hay que ayudarlo, si no le ayudamos pronto vendrá” y Antonio decía “no puedes dejarle Tomás, otro inocente no, inténtalo, es tu hijo” mi padre me miró con una dulzura que yo ya no recordaba y volvién-

dose hacia Tona y Antonio dijo “juicio ganado, os habéis salido con la vuestra”, pero tampoco en ese momento me dirigió la palabra, simplemente desaparecieron de mi vista.

Salí del quirófano llorando y gritando que yo no quería volver, que quería estar en el otro lado. Toda la familia y amigos que había visto antes de entrar lloraban, me miraban muy asustados y pensaban que algo había pasado en mi cerebro y estaba desvariando, que la operación no había servido para nada y que no había remedio para mí.

En cuestión de momentos me di cuenta de lo que estaba pasando y de lo que sentían todos alrededor, que estaban sufriendo mucho y yo no sabía o no podía hablarles. Miré a todos y cada uno de ellos con la vista aun borrosa por el efecto de la anestesia, y la reacción vino junto con una frase que la solté sin saber muy bien porque lo hice: “JUICIO GANADO, SE HAN SALIDO CON LA SUYA”... Ví cómo mi madre se sobrecogía al oír esa frase, pero tampoco pude razonar el porqué.

*** **

Han pasado diez años. Me han ido contando lo que pasó por sus mentes en el momento que me vieron aparecer con la cabeza envuelta en vendas y se me revuelve el estómago. He pensado mucho en todo lo que paso mientras yo estuve inconsciente bajo los efectos de la anestesia y no se lo he contado a nadie, pero tengo la seguridad de que ellos estaban allí sólo para impedir mi paso al otro lado.

Cierto día en que se celebraba en Zaragoza un Congreso de Parapsicología acudí, por curiosidad, a escuchar las charlas cuando terminaron me animé a saber algo más de lo que ocurrió en ese quirófano. Pedí si me podía entrevistar con un famoso participante de las charlas y me concedió una hora de su tiempo. Yo hice mucho hincapié en que no me habían dirigido la palabra, no me habían dado un beso, no me habían dejado tocarles

y eso me hacía mucho daño, cada vez recordaba con más dolor y pensaba que con su muerte se había acabado su amor hacia mí.

Cuando hube terminado de relatar todo mi sueño se puso muy serio y me dijo «No te quepa la menor duda, estuviste a punto de morir y ellos lo impidieron. Estuviste en el Más Allá, si te hubieran dejado acercarte a ellos, sólo rozarles o simplemente entrar en contacto oral no podrían haber hecho nada. Cuando entras en contacto con la muerte ya no hay marcha atrás, piensa que cuando tu les llamaste desde la mesa de operaciones, ellos acudieron, no para despedirse de tí en vida, como tu pretendías, sino para despedirse de tí en la muerte, habían estado velando por ti desde que murieron y habían terminado su cometido. Seguro que desde entonces ya no has vuelto a verles de esa manera y espero que no los vuelvas a ver en mucho tiempo, la próxima vez podría no ser igual y quedarte entre ellos para siempre. Puedes estar seguro de que ni en la vida ni en la muerte habrá personas que te quieran como ellos te han querido, relájate y vive tu vida feliz porque eso es lo que han elegido para tí».

*** **

No he vuelto a ir a ese pueblo, no podría pisarlo y verlo vacío de todos ellos. Me acuerdo todos y cada uno de los días de mi vida del pueblo, de la fuente, de la ermita, del Cantón y de todos ellos. Pero no puedo volver para no encontrar a nadie. Para mí, el pueblo ha muerto. Gracias PAPÁ, gracias TONA, gracias ANTONIO, gracias a todos los integrantes de las noches del «CANTÓN».

Autor

Borrombón